

Precio 15 cts.

# Reproducción

Tomo III, No. 60.—8 de Mayo de 1921

Director:

Elias Jiménez Rojas

San José, Costa Rica.

Apartado 230

## SUMARIO

1. La quiebra del parlamentarismo.
2. El imperialismo yanqui.
3. Historia del Lobo yanqui y de la Carperucita isleña.
4. Miscelánea.

*Administración* Botica La Dolorosa.

*Venta por menor:* Librería Torino, Avenida Central; frente al Banco Mercantil.

Imprenta Trejos Hnos.

# REPRODUCCION

Tomo III.—No. 60.—8 de Mayo de 1921

---

---

## La quiebra del parlamentarismo

Estamos contemplando una nueva faz de la quiebra del parlamentarismo en nuestro país. No la del sistema en sí, traído a menos en muchas desgraciadas ocasiones por usufructuarios incapaces, sino la quiebra total de su prestigio ante el público. ¿Quién se preocupa hoy por la instalación de las Cámaras legislativas? ¿Quién sería tan osado a manifestar en presencia de un auditorio más o menos numeroso su complacencia por la reunión del Congreso? No encontraremos fácilmente un compatriota que sea tan valeroso para hacerlo.

Acaso esta actitud de serena indiferencia con que los ciudadanos vemos el funcionamiento del Poder legislativo, ahogue, en hora oportuna para algunos, el anhelo muy justo de ocupar un sillón bajo la cúpula del Capitolio nacional.

Porque en verdad aquellas fastuosas ceremonias con que años atrás se rodeaba la inauguración de las Cámaras, han desaparecido. Del Palacio presidencial a la plaza mayor el mismo cordón de soldados de antaño uniformados con trajes de parada, los mismos oficiales enfundados en sus levitas germanas, el mismo cortejo oficial, pero todo frío, sin brillo, sin calor. Ya ni los chiquillos alborotados ni traviesos ocupan sus ocios en detenerse para ver pasar la comitiva, y los hombres en quienes la reflexión ha nacido, apenas si miran de lejos todo aquello con un gesto despectivo y aligeran el paso.

Nada que en nuestro ánimo pesara tanto para impulsarnos a desear ser dueños de una credencial como el aparato entusiasta con que antes inauguraba sus labores el Parlamento. Por entre apretadas filas de ciudadanos que pugnaban por no perder detalle alguno, desfilaban serios, importantes, majestuosos, los varones ilustres a quienes la Patria confería el más noble y delicado mandato. Las dianas con que se saludaba el paso de la bandera repercutían marcialmente como un canto

de victoria, y de la tierra subía al cielo el rumor creciente de la multitud, que ponía estremecimientos en los corazones. Y hoy, entre una agresiva indiferencia, ante las tribunas vacías, deben los representantes de la Nación sentir que un hielo mortal lo envuelve todo, y en el silencio trágico que los rodea adivinarán que el prestigio perdido sólo un milagro de laboriosidad bien dirigida sería capaz de restaurarlo.

Valdría la pena estudiar sin prejuicios las causas que han determinado al público a mirar con una tan marcada indiferencia las funciones legislativas. Gustavo Le Bon, analizando la psicología de las multitudes, apuntaba el hecho de que los Parlamentos llegaban a formar una multitud especial en la cual los individuos colocados en un nivel superior por su inteligencia, su cultura, sus cualidades especiales de estadistas, descendían lamentablemente al nivel inferior, acaso por una ley de gravedad espiritual que no se ha profundizado todavía. El Congreso es entre nosotros piedra de toque para los políticos. A quien en su carrera pública ha acompañado el éxito, a

quien la fortuna ha sonreído, al pisar el hemiciclo de las Cámaras empieza a descender lentamente y es raro quien logre salvar su reputación, quien pueda poner a flote su prestigio personal. Y el valor de la institución cae cada día más sin que sea posible para salvarlo el empeño de unos pocos ilusos que aún confían en la obra anónima de las corporaciones formadas sin plan patriótico, sin un criterio de selección, sin una orientación desinteresada y nacional.

JOAQUÍN GÜELL

Colombia

---

La cohesión nacional  
está en razón inversa  
del cuadrado de la su-  
perficie.

## El imperialismo yanqui

Hay un centro formado por los Estados de Virginia, Massachusetts, Carolina del Norte, New York, New Hampshire, Pensilvania, Kentucky, Ohio, Vermont y New Jersey, esto es, de 10 Estados, cuna de los 28 Presidentes que se han

sucedido, desde Washington hasta Wilson. *Ninguno* ha nacido al Oeste de Ohio ni de Kentucky, ni al Sur de Carolina del Norte. Washington es la capital, pero New York es la metrópoli. Washington reina, pero New York gobierna. Allí está el *Imperialismo yanqui*. Cuarenta y ocho Estados que votan, de los cuales sólo 10 son los directores. Diez Estados que dirigen, pero sólo uno que ordena o manda. Un Estado que ordena, pero sólo una ciudad que impone. Una ciudad que impone, pero sólo un grupo de individuos ricos que autocratizan. En resumen, los Estados Unidos, considerados como modelo del republicanismo, de la democracia y de la libertad, están gobernados de hecho, por la PLUTOCRACIA. No me atreveré a negar que a esto deben precisamente, en mucha parte, su engrandecimiento material; pero nadie negará que allí anida el germen de su futura disolución.

La PLUTOCRACIA es una clase más activa y peligrosa que la aristocracia.

La aristocracia, cualquiera que sea la acepción en que se tome la palabra, formada por la nobleza, o por la inteligencia, o por ambas, resulta inocua,

si le falta el dinero, como sucede frecuentemente. La PLUTOCRACIA, fundada en el capital, como su nombre lo indica, es de una prepotencia incontrastable, domina por sí sola; domina al talento, al trabajo, a la fuerza, y hace que le sirvan, so pena de morir de hambre.

Aspirar al poder para utilizarlo y para abusar de él, es una tendencia humana y eterna. Autocracia, nobleza, aristocracia, plutocracia, radicalismo, anarquía, bolchevismo, son diferentes etiquetas para una misma mercancía, cuyo verdadero nombre es PREDOMINIO.

Los que creen que el mal radica en el *Imperialismo* están en un error. El *imperialismo* es lo que se llama en patología un *epifenómeno*, esto es, un síntoma o complicación que aparece durante el curso de una enfermedad. El verdadero fenómeno, la verdadera enfermedad, por lo que respecta a los Estados Unidos, es la PLUTOCRACIA, invasora, absorbente, insaciable, irreducible.

Todo sistema social tiene una responsabilidad más o menos directa e inmediata. No pasa lo mismo con la PLUTOCRACIA, que es irresponsable, por-

que se hace sentir sin ponerse de manifiesto. Es como el *titiritero* que hace mover y hablar los muñecos ante el público, quedando oculto tras la cortina.

Si se quiere un ejemplo que compruebe lo dicho, allí está Alemania. Todo el mundo cree que la gran guerra mundial fué obra exclusiva del Kaiser, que él concibió la idea, la desarrolló, la organizó, la predicó, la impuso y la realizó. En principio esto es falso. La obra se debe a la PLUTOCRACIA GERMÁNICA, a la que pertenece el Kaiser, *accionista* en todas las grandes empresas industriales y mercantiles del Imperio. Esa plutocracia dirige a la nobleza que está adeudada con ella; es árbitro de la política y de todo. Esa PLUTOCRACIA es la autora del plan *pangermánico*. Ella es la que concibió la UNIÓN PAN-GERMÁNICA, la Liga Militar, la Liga Marítima; ella es la que promovió las adquisiciones coloniales; ella la autora de las cuatro célebres fórmulas de *Berlín—Calais, Berlín—Riga, Hamburgo—Salónica, Hamburgo—Bagdad*. Examinense todos los proyectos conglobados en la idea de la guerra, y se verá

que son esencialmente mercantiles. Así parece reconocerlo Maximiliano Harden, quien, en su Revista *Zukunft*, número correspondiente al mes de Noviembre de 1914, asienta: «Esta guerra no nos ha sido impuesta por sorpresa. Nosotros la hemos querido, debíamos quererla. Alemania la hace a causa de la convicción inmutable de que sus obras le dan derecho a lugar *más amplio en el mundo y a mayores salidas para su actividad*».

¿Quiénes son esos NOSOTROS de que habla Harden? No es el pueblo Alemán. No hay pueblo, por más ilustrado que se le suponga, capaz de pensar tan hondo. Ese pueblo creyó lo que a diario le predicaba la prensa; la prensa decía lo que diariamente le ordenaba su amo: la PLUTOCRACIA.

El barón de Beyens, que fué Ministro de Bélgica en Berlín antes de la guerra, dijo que Guillermo II había sido, sin darse cuenta de ello, el instrumento de una casta y de un partido, para los que la guerra era el único medio de afirmar su poder. «Los ha escuchado, en efecto, pero fué porque las ideas de ellos concordaban con las

suyas. En el juicio de la historia será él quien fatalmente cargará con toda la responsabilidad de las desgracias con que ha sido agobiada Europa». (*L'Allemagne avant la guerre*).

Y así ha sido realmente, porque, como lo asenté poco antes, la PLUTOCRACIA es *irresponsable*, se hace sentir sin ponerse de manifiesto.

Aun aquellos hombres que, al llegar a la Presidencia de los Estados Unidos, se han mostrado más enemigos de la PLUTOCRACIA, una vez en la silla presidencial, y sin darse cuenta de ello, han caído en las invisibles mallas de ese poder astuto e incontrastable, como aconteció con Teodoro Roosevelt, según lo evidencia el escandaloso hecho de Panamá, el que, si es cierto que favoreció los intereses de los Estados Unidos, es innegable que más favoreció los de los *plutócratas*. La guerra con España, para vengar el agravio de la supuesta voladura del *Maine*, y establecer la falsa independencia de Cuba, obra es también de la PLUTOCRACIA. La intromisión y el embrollo de México, la opresión de Nicaragua y Santo Domingo, por el idealista Presidente Wil-

son, también son obra de los *plutócratas*.

Amenaza o amonestación resulta innecesaria, y nunca, ni la amonestación ni la amenaza, han servido para establecer o fortificar los vínculos de amistad.

«Nadie tiene derecho de poseer vastos terrenos improductivos, para dedicarlos a parques de recreo, a la casería y a otros usos egoístas, de pura vanidad, cuando hay tantas gentes que mueren de hambre por carecer de tierras para cultivarlas. Despojemos a los ricos». Así dice el socialismo de abajo.

«Ningún pueblo tiene el derecho de poseer inmensos recursos naturales, si por apatía, o por falta de recursos, o por cualquier otro motivo, no los explota, porque la naturaleza no ha otorgado esos dones para que permanezcan inexplorados, ni para que sean propiedad exclusiva de un pueblo, sino para provecho de la humanidad». Así dice el socialismo de arriba, el que hace predicar la PLUTOCRACIA. De allí emanan las guerras de intervención y de conquista. ¿En provecho de la humanidad? ¡De ninguna manera! La PLUTOCRACIA no cree en la humanidad. Cuando habla

de ella es como un supuesto que establece para fundar una demostración.

Si prosigue ese *imperialismo plutocrático americano* (y tiene que proseguir), va a crear, está creando ya, diferencias peligrosas entre el Este y el Oeste, y adviértase que la última región no comienza hoy en la margen derecha del Mississippi, sino en la orilla occidental del Lago Míchigan. Mayor aún, más inmediato y extenso es el peligro que emana puramente de la PLUTOCRACIA, pues la clase media, la de los obreros y demás trabajadores a jornal, se muestra cada día más levantisca, más exigente y amenazadora. Se organiza en grupos, llamados UNIONES, los grupos se confederan, y acabarán por formar un todo homogéneo, revolucionario, el día que cuenten con un caudillo que les inspire confianza plena y los acabe de fanatizar. Se puede sofocar rápidamente un movimiento aislado; la tarea es muy difícil y costosa, cuando se trata de una insurrección general. No expreso deseos, sino temores.

Mientras más extensas sean las posesiones de los Estados Unidos, mayor será el peligro para la nación.

Los grandes imperios no son perdurables. La demasiada extensión hace que se disloquen y se desmoronen, sobre todo, cuando están constituidos por razas distintas y algunas antagónicas, porque la cohesión está en razón inversa del cuadrado de la superficie.

No creo que los Estados Unidos tengan la *loca pretensión de anexarse todo el continente americano*; pero sí la de establecer su hegemonía sobre todas nuestras repúblicas. Hasta eso, que sería un triunfo para el *Imperialismo*, sería efímero y engendraría mala voluntad que, a la postre, acarrearía la ruina del mal fundado Imperio.

Los Estados Unidos construyen aprisa, pero no duradero. Los ingleses van despacio, asegurando el pie antes de dar otro paso. Los estadounidenses van con demasiada rapidez, no saben aguardar, proceden con impaciencia febril, como si les urgiese el tiempo. Esto consiste en que los ingleses laboran para la Gran Bretaña, que es permanente, y los americanos para la actual generación, que es transitoria. Aquí todo se improvisa, la gran nación, las inmensas ciudades, las obras colosales,

las inauditas fortunas. El yanqui de hoy quiere ver su obra terminada y gozarla, sin atender a la ley universal que ordena que lo que pronto crece pronto muere.

El Imperio Americano tiene enfrente dos imperios *rivales*, por no decir *enemigos*: el de la Gran Bretaña y el del Japón. No cuenta en el mundo entero con una nación *amiga*, por más que se haga creer lo contrario. *Todas las simpatías que obtuvo en Europa durante la guerra mundial*, las ha matado. Los pueblos latinoamericanos, unos lo ven con mala voluntad, otros con desconfianza, ninguno con cariño. Esa es la obra, más que del *Imperialismo* en sí, de la PLUTOCRACIA.

Los Padres de la Patria, se preocuparon más de crear un gran pueblo que una gran nación. Sus descendientes han seguido el principio opuesto.

Aspiran a ser los *romanos* de la época actual. ¿No los asusta la división del Imperio y la desastrosa suerte que tocó a cada una de las dos porciones?

Están siguiendo *la peligrosa senda* por la que se lanzaron los alemanes. ¿No los hace reflexionar el desastroso resultado de la empresa teutona?

¿No saben que la historia se repite fatalmente, porque causas iguales producen siempre los mismos efectos?

¿Será tiempo todavía para conjurar los peligros que señalados quedan? No me parece probable; pero no por eso se debe dejar de procurarlo con inquebrantable tesón.

RAFAEL DE ZAYAS ENRÍQUEZ

(De *La Nueva Democracia*, de Nueva York).

---

## Historia del Lobo yanqui y de la Caperucita isleña

MORAL DE TIBURONES

Un día del año 1916—ardía la guerra europea en toda su furia destructora—, varios buques acorazados de los Estados Unidos rodearon aquella isla hacia donde aproaron las primeras carabelas de Colón; estrechándola con una cintura de cañones, desembarcaron tropas y más tropas, y se proclamaron dueños y señores de la microscópica República Dominicana. Por allí

había empezado España a civilizar el Nuevo Mundo. Aquella isla se llamó en un tiempo la Española. Los yanquis no estaban en guerra con aquel país. Tampoco los tiburones del mar Caribe están en guerra con los pececillos que devoran. Sólo que la moral de los tiburones es simplista y comprensible: se basa en la necesidad, mientras que la moral de tiburones de los Estados Unidos quiere fundamentarse en la justicia, en el derecho. Esto les hace, en materia internacional, sobre criminales, ridículos. ¿Tenía derecho «el idealista» presidente Wilson para adueñarse de un pobre país que vive entre sus bosques nativos, divirtiéndose con sus revoluciones? Su alevosa estrangulación de una pequeña e indefensa nacionalidad insular, ¿se basaba en la justicia? ¿Cuáles son los argumentos explicativos de la ocupación militar de la República Dominicana? El incumplimiento de un convenio dominico-yanqui, responden los estadounidenses. ¡Qué irrisión! Es verdad que no faltaron argumentos para crucificar a Cristo; es verdad que para victimar al inca Atahualpa se adujo que había quebrantado el Código

de las Siete Partidas, de que jamás oyerá hablar aquel pobre diablo de emperador.

#### UN GENEROSO PROTECTOR DE NACIONES

La República Dominicana, hacia principios del siglo xx, tenía sus pequeñas deudas, como cualquier hijo de vecino. Los yanquis, muy zalameros, se presentaron allí con varios talegones y le hablaron a la incauta republiquilla del modo siguiente:

—Tú tienes acreedores diversos, nosotros somos tus mejores y más desinteresados amigos. Toma veinte millones, págale a todo el mundo y débenos a nosotros exclusivamente. Nosotros no te molestaremos por el cobro. Somos tus protectores naturales. Acuérdate de Monroe: «America for americans».

La República Dominicana sonreía, encantada.

—Es más, continuaron los Estados Unidos: para evitarte trabajos y dolores de cabeza, nosotros recaudaremos tus rentas de aduanas, pagaremos los intereses y amortizaciones de los veinte millones; es decir, nos pagaremos y te daremos el remanente para las ne-

cesidades de tu administración, para tu fomento, para lo que quisieras.

La republiquita aceptó, y hasta aceptó agradecida, en medio de discursos, fuegos artificiales y varias botellas de champaña, que descorcharon y ofrecieron, generosos, los Estados Unidos.

Esto ocurría en 1907, cinco años después del famoso golpe de Panamá, realizado de mano maestra por el simpático Roosevelt, de ruidosa memoria. Esto es lo que se llama la Convención Dominicoyanqui.

YO ME COGÍ AQUEL PUEBLO, TU TE COGISTE  
AQUEL PUEBLO, NOSOTROS NOS COGIMOS  
AQUELLOS PUEBLOS.

Todo iba a pedir de boca: los yanquis, cobrando, pagándose y arrojando los huesos a roer al Gobierno de la republiquita isleña. Pero como el apetito viene comiendo y los yanquis tienen los dientes largos y las tragaderas en excelentes condiciones, los sueldos que asignaron a la innumerable cateriva yanqui de receptores presupuestívoros mermaban cada vez más las piltrafas adheridas a los huesos dominicanos. El Gobierno, mediatizado, tuvo

necesidades superiores a los emolumentos que con su propio dinero le asignaba parcamente el recaudador extranjero. Como sus gastos administrativos fueron superiores a sus ingresos, quedó debiendo a sus empleados y dependientes. A los nacionales, no a los extranjeros, que se cobraban ellos mismos.

—¡Cómo!, ¿te permites crecer, por lo menos en gastos?—dijo Wilson—. Imposible. No lo tolero. Nuestro convenio debe consignar en algún artículo que puedas enajenarme tu soberanía. Y, aunque no lo consigne, pensó, los tiempos son propicios: el mundo tiene los ojos puestos en otra cosa. Es necesario que yo me coja ese país.

Y se lo cogió. «*I took Panama*», había confesado cínicamente Roosevelt. Tú te cogiste la Isla Española, le dicen sus enemigos a Wilson; nosotros nos cogimos Tejas, Puerto Rico, Cuba, las Filipinas, etc., exclaman los yanquis. Y algunos humoristas se preguntan como William Hard: «*¿Is America honest?*»

Parece cosa de risa, ¿no es verdad?

Y lo sería, si no fuera también cosa de lágrimas.

## TRIQUINUELAS DE UN PEDAGOGO IDEALISTA

La deuda pública de la República Dominicana, decía el malhadado pacto de 1907--que sólo han podido celebrar los yanquis con un país cavernícola—, «la deuda pública no podrá ser aumentada sino mediante un acuerdo previo entre el Gobierno dominicano y los Estados Unidos».

Y el pérfido Wilson—que es profesor de Derecho, según creo—, confunde, adrede, artimañosamente, una misérrima deuda, exclusivamente administrativa, con la deuda pública. ¿No recuerda el airado pedagogo los más rudimentarios textos? ¿No sabe de memoria que la palabra compuesta deuda pública significa en Economía Política «esa especie de deudas que el Estado ha contratado, y para las cuales han sido creadas rentas o efectos públicos?» ¿No sabe que «no se hace entrar en la deuda pública propiamente dicha, las deudas corrientes del Estado, es decir, las sumas en que éste se ha constituido ocasionalmente deudor respecto de los particulares, a causa de la ejecución de los diferentes servicios públicos?...»

Pero no se trata de la ignorancia de un magistrado yanqui, ni siquiera de su perfidia. Si fuera otro el presidente yanqui, otro nombre, y no el de Wilson, no habría que mencionarlo. Se trata de la inescrupulosidad de los Estados Unidos en sus relaciones internacionales, de su feroz imperialismo, de su amenazadora América. Hoy se tragan una islita inerme, un istmo realengo; mañana, ¿a quién masticarán las feroces mandíbulas de estos idealistas luteranos?

Todo es digno de admirar en este cuento de hadas, en que un dragón devora a una frágil doncellita, morena y desobediente a la voz de la más elemental prudencia. Todo. Los invasores, que, prevalidos del silencio universal que circundaba a cuanto no fuera la gran guerra de 1914 a 1918, se echan sobre un desvalido país; el pretexto de que se valen estos salteadores de pueblos: «¿tú no puedes pagar a tus empleados nacionales porque yo manejo tu dinero? Pues te castigo con la pérdida de tu soberanía»; la inocente estratagema, en el país de los economistas, de confundir una deuda

administrativa con una deuda pública; el invocar un tratado a fin de robar y asesinar un país, como si algún país, por estúpido que sea, pudiera suscribir el que lo despojen y maten por incumplimiento de convenios internacionales. Por último, ¿no es digno de admiración el que los Estados Unidos, que condenan a la nación dominicana por contraer deudas con sus propios empleados públicos, a quienes no podía pagar, estén hoy mismos en tratos para contraer un empréstito en Wall Street? El contratante—exclaman los hijos de la República martirizada—será la Usurpación Yanqui; el deudor, la República Dominicana.

Y como las bromas hay que darlas pesadas, Wall Street entregará ahora a la Usurpación dólares a treinta y dos centavos y los cobrará luego a ciento. No es todo. La República Dominicana paga el 5% de interés anual por su deuda. Los yanquis, duchos financistas, realizan una conversión con interés al 8%.

Es decir: se despoja el país a conciencia. Y estos yanquis son los que tildan de corrompidas a las adminis-

traciones locales. Con razón monseñor Noel, arzobispo de Santo Domingo, ha dicho en un valiente documento público dirigido a los hombres de la Usurpación: «Nunca en este país se habían cometido tales crímenes ni tantos robos políticos como los que han cometido y están cometiendo los funcionarios de la Ocupación Militar de los Estados Unidos».

Eso es lo que lleva a la islita desgraciada del mar Caribe el idealismo de Wilson. Esa obra de saqueo y de muerte realizaba el ingenio idealista en los mares de América mientras se preparaba a representar en Europa su papel de apóstol del Derecho, con estudiadas frases, en que relumbran como usadas lentejuelas la Democracia, la Justicia, la Fraternidad Humana, la Igualdad jurídica de las naciones: y plagiándole a un hispanoamericano, a Simón Bolívar, el proyecto de la Sociedad de Naciones.

#### EL DRAMA

Cuando termina el entremés en que Wilson representa su papel de idealista, de ingenuo, de buen muchacho, de

pedagogo distraído, y los Estados Unidos su papel de protectores desinteresados de una América ingobernable, empieza el drama, un drama pavoroso, desarrollado con toda la brutalidad del carácter yanqui; un drama en interminables actos atropellados: el acto de Honduras, el acto de Nicaragua, el acto de Haití. La más ruidosa de estas tragedias comprimidas ha sido la de Méjico, porque en ella tomó parte, como en las tragedias de Esquilo y de Sófocles, un coro respondón: el coro en este caso, fueron los quince millones de mejicanos aguerridos, armados principalmente de un saludable y protector odio al yanqui y dirigidos por aquel épico e irreductible energético, mártir de la libertad y de la civilización, que se llamó Venustiano Carranza. Una de estas representaciones dramáticas, una de las más oscuras y luctuosas, há sido la que se cumplió a espaldas del mundo entero, en medio del silencio de los mares del trópico, en la República Dominicana y en su vecina Haití; es decir: en los pueblos condueños hasta ayer no más de la antigua Isla Española, hoy en manos

de los Estados Unidos, por obra del idealista y desinteresado presidente Wilson.

Los yanquis arriban en son casi amistoso y pretextando un tratado. Abre el país incauto y generoso todas sus puertas al viejo amigo Sam, con quien no ha roto. Es el amigo, el protector; viene con palabras dulces: que venga. El viejo amigo Sam se apodera en un abrir y cerrar los ojos de cuarteles, parques, tesorerías, puertos, puntos estratégicos. Echa nubes de soldados sobre la minúscula y asombrada república. Desarma al país; hasta los cuchillos de mesa desaparecen de las casas. Empieza la más injustificada crucifixión de un pueblo: partidas inermes de patriotas se lanzan a los campos a combatir al invasor; se les llama bandidos, y como bandidos mueren, cazados, descuartizados, carbonizados, colgados de los árboles. Las poblaciones, en plena tranquilidad, son saqueadas; las mujeres, violadas; los niños, destripados. A los hombres se les ingurgitan por medio de aparatos cubos y cubos de agua hasta que revientan. A otros se les azota. A otros se perforan las entrañas con hierros candentes.

Los tribunales de justicia del país han desaparecido. Los sustituyen cortes militares yanquis, que son irresponsables y que se componen de yanquis brutos y brutales que ignoran las leyes, las costumbres, la religión, la lengua y la psicología del país. Estas cortes irresponsables juzgan sumariamente: sus menores castigos son los de prisión, multa, azotes. Con aterradora frecuencia aplican largas condenas, la deportación, la muerte.

Los hombres más ilustres del país yacen en las mazmorras o gimen en el ostracismo. Ninguno de los tiranos de nuestra América fué tan sistemáticamente cruel, porque ninguno se propuso sistemáticamente exterminar al país que tiranizaba. Todos, hasta Rosas, fueron patriotas. Los yanquis, no. Los yanquis tienden a exterminar la población para quedarse como dueños exclusivos de la tierra. En Santo Domingo lo van consiguiendo.

Por las calles de la capital de la antigua República pueden verse cruzar con el traje de presidiarios—y expuestos como escarmiento—a los más preclaros poetas, como Fabio Fiallo, por

el crimen de haber cantado el anhelo de ser libres. Un diplomático y abogado de los más conspicuos, don Américo Lugo, es víctima de una corte marcial porque defiende jurídicamente a su país; al honrado y enérgico periodista Flores Cabrera, nacido en Venezuela, se le encarcela y se le expulsa como elemento pernicioso; a otro periodista de Venezuela, mi hermano Horacio Blanco-Fombona, se le cierra la imprenta de su propiedad, se le suprime el periódico, se le multa, se le encarcela, se le expulsa. ¿Por qué? Por haber publicado la fotografía de Cayo Báez, patriota dominicano, a quien la ferocidad yanqui, en pleno siglo xx, destrozó el cuerpo martirizándolo con hierros encendidos que perforaban los tejidos y las entrañas.

Esa es la obra civilizadora de Yanquilandia. Y esto se obra por mandato y bajo el gobierno del pedagogo que proclama la igualdad jurídica de las naciones.

R. BLANCO-FOMBONA

(*La Voz*.—Madrid, enero de 1921.)

# Miscelánea

No hay que cansarse de renovar las afirmaciones de la verdad, puesto que el error rehace las suyas incesantemente a nuestro lado. Cambiando apenas las palabras de Goethe, digamos, pues: frente a la propaganda de Alemania y por Alemania, no hay que cansarse de recomenzar la propaganda de Francia y por la humanidad. Es lo que hace ahora el Sr. Peyroutet en *La Tribuna*, en una serie de importantes artículos que prueban la falacia de los defensores de la *pobre Alemania*, «tan altanera y feroz en el triunfo, como astuta y llorona en la derrota». Cuando todavía lloramos a nuestros queridos valientes muertos; cuando en una vasta región de Europa se muestra en todo su horror la obra de sistemática desolación del más funesto de los imperios, nos piden olvido, dichos defensores, y nos piden limosna, en nombre de principios de que se burlan en el fondo de sus corazones. Hicieron la guerra SIN CONSIDERACIONES DE NINGUNA ESPECIE, pero quieren una paz ventajo-

sa, que les permita eludir aun la mínima parte de las obligaciones que les señalara un arreglo en que corren parejas la indulgencia y la imprevisión.

\* \*  
\*

Lo que no comprendemos es que el Sr. Peyroutet haya perdido un rato en explicar las apreciaciones de Gustavo Le Bon en favor de Alemania. Conocido ya en todo el orbe el desbordamiento apasionado con que habla y se desdice el ilustre físico y sociólogo francés, no creemos que sus meras opiniones gocen hoy de autoridad completa en alguna parte; pero, sea de ello lo que fuere, debe el Sr. Peyroutet recordar, cuando escriba en español, que ante nosotros los latino-americanos, es ingenua y contraproducente torpeza citar a Le Bon para convencernos de algo. De nada estamos más convencidos que de su ligereza y germanismo. De memoria sabemos lo que ha escrito de nosotros en sus obras *Psychologie du socialisme* y *L'évolution psychologique des peuples*. Aquí van otra vez algunas de sus palabras: (1)

---

(1) V. REPRODUCCION, No. 56

«Consideremos en primer lugar las naciones de *más bajo nivel* en la escala de la civilización latina: las repúblicas latinas de América. Todas, sin excepción, han llegado a aquella condición en que la decadencia se manifiesta en forma de la más sangrienta anarquía y en que un pueblo no puede menos de salir ganando si otra nación lo conquista, que sea suficientemente fuerte para gobernarlo. Pobladas por razas ya exhaustas, sin energía, sin iniciativa, sin probidad, sin fuerza de voluntad, las veintidós repúblicas latinas de América, aunque situadas en las comarcas más ricas de la tierra, son incapaces de hacer uso de sus inmensos recursos.»

«LA FALTA DE MORALIDAD, ESPECIALMENTE, EXCEDE A LO PEOR QUE CONOCEMOS EN EUROPA.»

«*El pillaje es general* en estas infortunadas repúblicas y, como todos quieren tomar parte en él, la guerra civil es una institución *permanente* y los presidentes son *sistemáticamente asesinados* para que un nuevo partido, llegando al poder, facilite el enriquecimiento de sus adherentes. Este estado

de cosas durará, por lo visto, hasta el día en que algún aventurero de talento se ponga a la cabeza de unos pocos miles de hombres bien disciplinados, emprenda la conquista de esas tierras desventuradas y las sujete a una ley de hierro, la única ley que merecen naciones privadas de virilidad y honradez e incapaces de gobernarse a sí mismas.»

\* \*  
\*

«1.<sup>a</sup>—¿La enseñanza en Costa Rica es o ha sido en algún momento completamente independiente de la política?»

R.—Después de la «Reforma de don Mauro Fernández» nunca lo ha sido.

«2.<sup>a</sup>—¿Cree Ud. que todo nuestro profesorado se encuentra suficientemente preparado para su misión?»

R.—Los profesores suficientemente preparados constituyen *la excepción*.

«3.<sup>a</sup>—¿Ha observado Ud. frecuentemente que un profesor nombrado sin tener las capacidades necesarias, haya realizado luego un esfuerzo notable para llegar a ponerse en buenas condiciones de aptitud?»

R.—Conozco algunos casos de profesores que han adquirido en el ejercicio de la enseñanza la aptitud de que carecían; pero siempre, invariablemente, tales profesores se han separado o han sido separados de dicho ejercicio en el momento mismo en que sus servicios comenzaban a ser eficaces.

«4.<sup>a</sup>—¿Qué criterio le parece a Ud. que debe seguirse cuando no se dispone de un profesor apto para una cátedra: nombrar a un incapaz o dejar vacante dicha cátedra?»

R.—Dejar vacante la cátedra.

\* \*  
\*

La revista *Nos loisirs* publica los resultados de su encuesta acerca del punto de si se debe o no abrir a las mujeres la carrera de la diplomacia. De seguro que nuestro ministro de relaciones exteriores está por la afirmativa. Yo no doy mi parecer; me limito en esta nota a reproducir algo de lo leído en *Le Carnet de la Semaine* (6 de marzo último).

«Maquiavelo y Talleyrand se quedan chiquitos al lado de la más mediana

de las mujeres, y la Serpiente no habría nunca decidido al hombre a comer la fruta prohibida, si no hubiera encontrado el recurso de seducción bien conocido».

«Si los embajadores citados no hubiesen temido pecar por falta de galantería, habrían dado la siguiente respuesta: *Únicamente preconizan el acceso de las mujeres a la diplomacia los que desean que ésta cese de ser secreta. . . .* Si hubieran tenido algún cinismo, en vez de hablar de la intuición, de la penetración (¿pacífica?), de las facultades de finura que pueden hacer de la mujer el más perfecto diplomático, ¿no habrían simplemente recordado los versos de *Carmen*, para entonarlos con franqueza?»

Quand il s'agit de duperie,  
de tromperie, de volerie,  
il est toujours bon, sur ma foi,  
d'avoir des femmes avec soi. . . .»

En enredos, engaños y mala fe,  
aventaja al hombre la mujer.

\* \*  
\*

—Deseo un consejo práctico en materia de higiene sexual.

—«¡Escucho y tiemblo!» No hay materia de mayor importancia ni más inextricable.

—¿Qué piensa Ud. de la castidad?

—Si por castidad entiende Ud. la *moderación* de los apetitos carnales, pienso de ella lo mismo que pienso de la regulación del sueño, o de la comida, o del ejercicio muscular o cerebral.

—No, señor. Llamo castidad la abstinencia absoluta de placeres sexuales.

—Pues a esta la llamo yo *imposibilidad* en un hombre normal. El aparato sexual es tan importante como el cerebro; su desarrollo y ejercicio adecuado es absolutamente indispensable a la salud; y digo salud en toda su extensión, física y MORAL.

—Entonces, dígame Ud. cómo debo atender a este ejercicio. Tengo 18 años, y los placeres sexuales me provocan más que cualquier otra cosa. Soy estudiante de 1er. año de Derecho. Con lo que gano como escribiente—poquísima entrada—paso yo y sostengo en la estrechez a mi madre y a tres de mis hermanas, gracias a que no hay que pagar casa.

—Quiere decir Ud. que no cabe hablar de matrimonio, puesto que no está en nuestras manos el cambio de organización de la sociedad en que vivimos..... Y bien, fuera del matrimonio ideal, con una mujer bonita, alentada y buena, no conozco solución alguna para el problema de Ud.

—Admitamos que no tenga yo ahora serio obstáculo para el casamiento con una mujer capaz de hacerme feliz y darme hijos sanos y honrados, ¿cómo encontrarla? Y encontrada, ¿cómo hacer que ella me quiera?

—¡Pregúntemelo a mí!

—¿Pero no hay, fuera del matrimonio, una solución aproximada?

—No sé.

—Dígame, al menos, qué es lo que le parece a Ud. peor; o sea, de qué debo guardarme ante todo.

—¿Ante todo? De dos cosas: la abstinencia sexual absoluta y el placer solitario. Este, sea cual fuere su forma, es un contrasentido biológico, y así lo denota el rastro de tristeza que deja siempre en pos. La base de la sociedad es la unión sexual, y la condición primera de todo acto sexual es que se efectúe EN SOCIEDAD. Saque Ud. las consecuencias.

—En realidad me deja perplejo...,....¿Correré tras las mujeres públicas?

—No olvide que más del 90 % están enfermas de males tan graves como la gonorrea y la sífilis. No olvide que no se conocen preservativos completamente seguros y que el uso de los mejores conocidos no es inofensivo desde el punto de vista puramente fisiológico. No olvide, en fin, que jamás se sale con las alas limpias de la casa de prostitución: que no sólo enfermedades venéreas se contraen en el comercio con las personas depravadas.

—¿Atisbaré entonces las flaquezas ajenas o estaré en acecho para hacer caer a sirvientas, costureras o campesinas?

—¡Jamás! si con ello ha de contribuir al aumento de las prostitutas o al aumento del número—ya alarmante—de niños abandonados, cargados de la herencia fisiológica de sus padres, pero carecientes de los cuidados y del amparo a que tienen derecho.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

# Reproducción

Segunda serie. — Tomo III. — Nos 42 a 60

1.º de Octubre 1920 a 8 de Mayo 1921

## INDICE DE AUTORES

	<u>Pág.</u>
Araquistain, Luis	
Intervencionismo en México.....	429
Bark	
Los idiomas.....	149
Benavente, Jacinto	
El pecado venial....	380
Biervliet	
Diferencias psicológicas.....	86
Blanc	
Actividad seminal.....	133
Blanc y Benet, J.	
Coeducación.....	73
Blanco Fombona, R.	
Lobo y Caperucita.....	596
Bowers, Edwin F.	
La alegría.....	388
Bryce, James	
Los Estados pequeños.....	253
Bunge, Augusto	
Wilson.....	159

Calleja, Rafael	
Rusia.....	454
Caruzin, César	
Calificaciones escolares.....	222
Casanovas, Ignacio	
Acción de la mujer.....	115
Cavaglion	
Inventores.....	164
Cavour .....	36
Clodd, Edward	
Espiritismo.....	305
Colins .....	209
<i>Colombia</i>	
Felibrisimo.....	408
Coloma, Luis	
Fernán Caballero.....	110
Crane, Frank	
La superioridad.....	54
Cross, E. A.	
El magisterio en E. U.....	465
Channing	
El ebrio.....	219
<i>Diario de Costa-Rica</i>	
Reporte.....	259
Eaton Feasey, J.	
Enseñanza al aire libre.....	149
<i>El Mensajero</i>	
Errores de farmacéuticos.....	413
Faguet, Emilio	
El tercer partido.....	331

Fernández Coria, J.	
Enseñanza de la literatura.....	225
Ferraz, Val. F.	
Los tres milagros.....	162
Recuerdo de Aquileo.....	245
De lecturas.....	246
Carta.....	267
Via Libre.....	270
Forel, Augusto	
Alcoholismo.....	219
Fouillée	
El arte.....	279
George, Henry	
Deudas públicas.....	216
Gilimón, E. G.	
Legisladores del amor.....	360
Giusti, R. F.	
Discurso.....	338
Gohier, U. ....	166
Groussac, P.	
Discurso.....	343
Güell, J.	
Quiebra del parlamentarismo.....	493
Guyau	
Libertad.....	356
Ingenieros, José	
Terruño y humanidad.....	169
«Ivanovitch, Dmitri»	
Diálogo....	426
Janet, Claudio	
Prensa precoz.....	107

Jastrow, J.	
Credulidad.....	281
Jiménez O., Ricardo	
Monumento a don Manuel Gutiérrez..	365
Jiménez Rojas, Elías	
Breves notas .....	23- 83- 94-143-146 211-249-256-267-276 363-375-379-385-392 416-448-463-490-519
Lacordaire.....	460
Lacroix, L. P. de	
Diario de Bucaramanga.....	7
Le Bon, G.	
El prestigio.....	163
Los latino-americanos.....	386
Letamendi.....	118
Martínez Sierra, Gregorio	
¡No saben nada!.....	419
Esperad el amor.....	457
Marx.....	219
Montesquieu	
Corrupción de las democracias.....	207
Diversos trozos.....	273
Moore, W. L.	
La atmósfera.....	162
M., H.	
Teosofía y logarquismo.....	449
Nordau, Max.	
El progreso.. ...	368
Nouel, Adolfo A.	
Desgracia de Santo Domingo.....	155

O'Leary		
	Retrato de Bolívar.....	1
Opisso, Alfredo		
	Pacifistas religiosos.....	410
Ors, Eugenio de		
	La memoria.....	68
Pasteur		
	Littré.....	363
	.....	462
Payot, J.		
	No te engañes.....	278
Paz Saldán, C. E.		
	Alcoholismo.....	221
Pereira, Isaac		
	Moneda fiduciaria.....	167
Pérez Zeledón, P.		
	La unión.....	263
Pío X		
	Funciones de la mujer.....	144
Polibio.....		154
Pondray Warren, W.		
	Ciencia de los negocios .....	423
Queiroz, Eça de		
	V. Hugo.....	309
	Chicago y París.....	393
	El periódico.....	440
Quirós, J. B.		
	Somos ocasionistas.....	154
Ramón y Cajal.....		462
Richmond Marsh, A.		
	El trabajo organizado.....	191

San Agustín.....	217
Schneider	
Convalecencia de la guerra.....	394
Shaw, Bernard.....	290
Séneca.....	151
Smith, Sidney.....	151
Sócrates.....	52-164
Taine.....	280
Thayer, W. Roscoe	
Falacias de la historia.....	25
<i>The Boston Herald y The New York Herald</i>	
Derrota del Wilsonismo.....	335
Torres. C. A.	
Suprema unidad.....	461
Van Hise.....	112
Vernois A.	
miedo de vivir.....	202
Voltaire	
Pensamiento y alimento.....	459
Zayas Enríquez, B. de	
El imperialismo yanqui.....	496

